

## Morderse la lengua. Corrección política y posverdad

Darío Villanueva

Espasa

Madrid, 2021

384 pp.

ISBN: 84-670-622-66



ISSN: 1696-019X / e-ISSN: 2386-3978

La posmodernidad destruye el racionalismo humanista de Kant. Y, por consiguiente, nuestra sociedad se encamina hacia el vacío y la estupidez. Esta es la lógica defendida por Darío Villanueva (Villalba, Galicia, 1950), conocido filólogo, profesor y exdirector de la Real Academia Española, en su nuevo libro *Morderse la Lengua, Corrección Política y Posverdad* (Espasa, marzo 2021).

Profundo y con la pluma bien afilada, el autor narra de manera magistral la falacia que supone adaptarse a la tiranía de lo políticamente correcto, ese monstruo invisible que nos conduce, en una última vuelta de tuerca, dolorosa, a una falsa superación de la conocida *espiral del silencio* mediante el uso del lenguaje impuesto, no elegido por el hablante y, en ocasiones, confuso y “estomagante”. Se trata de un ingente repaso de 357 páginas de texto y 11 de bibliografía, a toda la documentación habida y por haber, impolutamente citada, con referencias a cientos de autores de diversa procedencia e ideología. No se le puede negar a Villanueva -tampoco sus críticos- la creación de un documento académico valioso para aproximarse al tema en su vasta complejidad. El filólogo nos lleva de la mano a las profundidades del debate lingüístico y sociológico, remontándose al principio de los tiempos y deteniéndose en

ciertos hitos como los años 90, cuando el diario *The New York Times* dio eco internacional al asunto y abrió un debate global que sigue hasta nuestros días: ¿hasta dónde llega la libertad de expresión? ¿hasta qué punto hay que tener en cuenta las sensibilidades de los demás a la hora de hablar? ¿Es necesaria la autocensura? ¿Hay que morderse la lengua? La respuesta es cristalina: No. Rotundamente no. En varias entrevistas el autor ha añadido que él solo se calla, “por pudor, o por cortesía. Nunca por corrección política”.

Villanueva desenfunda sus armas contra el “sentimentalismo tóxico” y apunta a que la corrección política tiene como brazo armado la autocensura. Critica a pensadores como al estadounidense Stanley Fish, que, siguiendo la estela del filósofo y sociólogo alemán Herbert Marcuse, sostiene que los enunciados no tienen valor *per se* sino que dependen del funcionamiento del lenguaje en la sociedad. “Lo que abre un muy amplio margen de relativismo”, alerta el autor. Defiende Fish que la libertad de expresión, ratificada por la primera enmienda, ese derecho casi sagrado en Estados Unidos, solo debería afectar a la crítica de las decisiones gubernamentales, no a que cada uno diga lo que le parezca.

La exageración de la sensibilidad de algunos lleva a consecuencias trágicas, advierte Villanueva. Se cita el ejemplo

del abogado de origen judío en Nueva York al que echaron de su vivienda alquilada porque trascendió un supuesto trato discriminatorio contra un camarero latino o el caso del profesor español Antonio Calvo que fue despedido de la universidad de Princeton (New Jersey) por la mala interpretación que se hizo de expresiones como “no te toques los cojones”. A los cuatro días de la expulsión, se suicidó en su apartamento. Y en tono menos grave, recuerda a intelectuales cuya fama se afeó por algún comentario supuestamente ofensivo. El escritor norteamericano, Saul Bellow, preguntó de forma retórica en un artículo “dónde están los Proust o los Tolstoi de los zulúes o los papúas”. El periódico *The Times* no lo censuró por ello. Pero en 2005, en su obituario, le tildaron de racista y ensombrecieron su talento literario por esa frase desafortunada.

El autor lleva a los límites del absurdo las nuevas realidades como los “espacios seguros” en algunas universidades donde los alumnos pueden acudir para hablar de su frustración si se han sentido heridos verbalmente por algún comentario escuchado en las aulas. También titula un capítulo, con ironía, “La galaxia Post. (Pos)modernidad líquida y Poshumanismo. [...] Poslengua”. Nos advierte de que “nuestra *posmodernidad* podría consagrar, si la dejamos, el triunfo del *poshumanismo*, como obligada superación del humanocentrismo que marcó nuestra civilización del Renacimiento y tuvo su fecunda continuidad en la Ilustración, cuya impronta racionalista se está poniendo también en entredicho”. Y añade, a modo de advertencia, “De consumarse este derrumbe, chapotearíamos entonces en una *modernidad líquida* nutrida por una cultura de la desafección, de la ruptura y de la pérdida de toda memoria”. Nos suena esto, ¿verdad?

Una de las manifestaciones de lo políticamente obligado en nuestro tiempo es el lenguaje inclusivo al que Villanueva, siguiendo la tónica del resto de miembros de la Real

Academia Española (RAE) critica duramente. En el apartado de la “feminización lingüística” apoya el uso del femenino para englobar a las profesiones que ejercen hombres y mujeres, pero ataca duramente el uso del doblete ofreciendo decenas de ejemplos (queridos alumnos, alumnas, profesores, profesoras, amigos, amigas...) que contraviene la economía lingüística. Aboga por lo que él denomina “el sentido común lingüístico” y, sobre todo, vuelve a explicar, aludiendo al reconocido filólogo Ignacio Bosque y al divulgador lingüístico, Álex Grijelmo, que “el masculino genérico no es discriminatorio para el sexo femenino”, que tiene su origen allá en el indoeuropeo (segundo milenio antes de Cristo) y que, por supuesto, no se inventó en ninguna reunión maquiavélica de hombres malintencionados que diseñaran un patriarcado dictatorial contra los derechos y la igualdad de la mujer, como sugieren varias autoras feministas.

Villanueva resume su perspectiva en las siguientes premisas: la palabra no crea la realidad, solo la refleja; la palabra designa la cosa de forma aleatoria (arbitrariedad del signo lingüístico); hay que diferenciar entre *lengua* (código compartido fruto de contacto social reiterado en el tiempo) y *habla* (expresión individual de cada uno de los usuarios del idioma); se deben eliminar -y ya se ha hecho- definiciones que claramente no tienen sustento en la realidad actual como el adjetivo *fácil* aplicado solo a la mujer (una eliminación que no se puede hacer, según el autor, para otras expresiones como *sexo débil*, que sigue usando la comunidad de hablantes y a la que el Diccionario de la Lengua Española atribuye intención despectiva o discriminatoria en su significado de “conjunto de mujeres”); que por supuesto se deben eliminar estereotipos sexistas o discriminatorios que resulten ofensivos o intolerantes, pero no contravenir normas gramaticales básicas auspiciadas por las “intervenciones prepotentes e indocumentadas de personas horras

de conocimientos científicos e interés respetuoso hacia una institución social básica como es la lengua”; tenemos derecho a expresar y difundir libremente los pensamientos ideas y opiniones mediante la palabra y eso impide cualquier censura previa o iniciativa de los poderes públicos; las situaciones de igualdad o desigualdad entre hombres y mujeres en determinados países (europeos o no) son enteramente independientes de las opciones gramaticales que cada idioma elige; debemos bajar de intensidad el enfrentamiento entre la RAE y los diferentes colectivos críticos. Y, por último, hay una realidad demostrada: “el incremento significativo en el uso de sustantivos de referencia neutra” como *ciudadanía*, *gente*, *persona*. Cabe pensar que, si efectivamente el lenguaje refleja la realidad, sea este gesto *neutro* un signo del engrase de los mecanismos sociales hacia un mundo más igualitario y menos injusto con los derechos y el bienestar de la mujer (comentario de la autora de la reseña).

En otro orden de cosas, el exdirector de la RAE acierta en diferenciar contextos e intenciones y recuerda que, en la Literatura, sobre todo en las comedias, todo es incorrecto. También menciona a humoristas como *Les Luthiers* que basan su éxito en la inteligencia de sus chistes *inapropiados*. Recuerda asimismo lo que se denominó “cultura de la cancelación” y sus ecos entre los intelectuales españoles en 2020. Respecto a la creación artística, cita el exitoso y transgresor escritor francés, Michel Houellebecq, quien calificó lo políticamente correcto de “cobarde obsesión” que incluye, a su juicio, la seudotolerancia y el compromiso particularista con las minorías o la lucha feminista en nuestra “sociedad pospolítica”. Y ve evidente el vínculo entre la filosofía de la deconstrucción, encarnada por Derrida y Foucault, y la posverdad del expresidente de USA, Donald Trump, al que le dedica un capítulo entero.

En cuanto a la *post-truth* (posverdad), el autor busca sus raíces profundas entre las diversas formas de escepticismo que niegan que podamos tener acceso seguro a una realidad objetiva. El peligro es evidente: al no confiar en la verdad fiel de las cosas, el sujeto se consagra “a ser fiel a su propia naturaleza individual” (Harry G. Frankfurt). Y en su tendencia filóloga y perspicaz, recoge los términos del “vocabulario de la mentira posmoderna” escandalizado porque la verdad admite ahora una flexión sorprendente: “*enhanced truth* (verdad mejorada), *neo-truth*, *soft-truth* (verdad blanda), *faux-truth* (¡falsa verdad!), *truth lite* (verdad ligera)” y una adjetivación inimaginable: *poética*, *paralela*, *matizada*, *imaginable*, *virtual*. “Lo que conduce al *doblepensar* de la distopía de George Orwell”, que trata profusamente en otro capítulo junto a otras distopías.

Villanueva liga el fenómeno de la *posverdad* a otro gran fracaso de nuestra sociedad: las *fake news*, “desinformación intencionada, invención o falsificación de hechos conocidos presentados como noticias verdaderas con propósitos políticos y/o comerciales” (Brian McNair). Analiza su relación con los medios de comunicación, la tecnología, las redes sociales, avisando, eso sí, de que la mentira existe desde que existe el mundo pero que es un signo de nuestro tiempo el creer en el mito y no en la ciencia o que “la retórica dirigida a las pasiones desplaza a la que apunta a la inteligencia” (Alexandre Koyré).

Al terminar la gratificante lectura del libro, es difícil no recibir ecos mentales de todo color y signo: las palabras del recién fallecido poeta José Manuel Caballero Bonald, cuando anunció que estábamos asistiendo “al fin de la realidad” refiriéndose al mundo virtual; el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, que sostiene que ya no necesitamos amo que nos trate como esclavos porque nosotros mismos nos autoexplotamos para producir más y mejor en esta apisonadora capitalista en la que vivimos (*La expulsión de*

*lo distinto*, 2016). O en otro sentido, las del filósofo Gabriel Albiac, quien señaló: “Muerta la palabra, queda solo la imagen, la barbarie”. O los ecos de Sigmund Freud, en *El malestar de la cultura*. O artículos del escritor Antonio Muñoz Molina reclamando una información precisa y seria sobre la pandemia de la Covid 19. O, cómo no, a nuestro filósofo Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*.

Pero también llegan, cómo no, en un tono más *líquido y transmoderno*, las reivindicaciones de decenas de académicas feministas (o de escritores contemporáneos como Jorge Carrión, Tarragona, 1976) quien escribió, en marzo pasado, en su columna publicada en *The New York Times*, “lo importante es que nadie olvide que la inclusión sigue

pendiente. El lenguaje inclusivo es sobre todo un síntoma: el del malestar compartido por el hecho de que buena parte de la población humana siga estando fuera de toda representación”. Todo indica que acabaremos construyendo la lengua que exprese quienes somos *ahora*, como ha ocurrido siempre. Cada país tiene el lenguaje que se merece. Y bueno, todos sabemos que no hay nada más difícil para el hombre que alcanzar la verdad. Y más cuando hay poderes fácticos que quizás no quieran que la encontremos. Ya lo sabía Antonio Machado: “Tu verdad, no/ la verdad / y ven conmigo a buscarla / la tuya, quédatela”.

Lidia Jiménez Rodríguez  
Universidad CEU San Pablo